

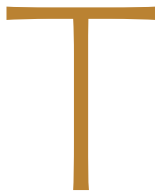
LOS GENES DEL MAL

ANGÉLICA LÓPEZ GÁNDARA

16

“Aquel hombre siempre llevaba grandes lentes oscuros, aun de noche. Nunca se los quitaba. Su aspecto era siniestro”.





odas las nubes se habían caído la mañana del 15 de enero de 1997. Aurora sintió que un viento frío la sofocaba al subirse a su coche para ir al trabajo. Un semáforo en rojo antes de entrar al Periférico Sur la obligó a frenar. Aprovechó para abrocharse, a la bata blanca, el gafete que le daba la identidad de: *Dra. Aurora de la Fuente Gómez/ Investigadora. Dpto. de Farmacología Cardiovascular*. Ella jamás imaginó que a partir de ese día comenzaría la historia de muerte de la que sería protagonista. La Ciudad de México era el espacio y era el tiempo. Un ambiente sórdido de sirenas sonoras y lejanas, de coches lentos. Iba al sur de la ciudad, allí estaba el hospital que albergaba el laboratorio con su empleo.

Inquieta observaba por los tres espejos retrovisores del coche. Escenario pardo. Luego el tráfico dejó de serlo por un accidente automovilístico. El miedo a los asaltos, a los asesinatos y además el sismo. Sabrá Dios porqué la sacudida de la tierra la había puesto más temerosa que de costumbre. Había vivido muchos temblores telúricos, ya era para que se hubiera acostumbrado. Se sentía nerviosa ¿Sería la visión del vecino desnudo? Aurora con taquicardia, boca seca y movimientos innecesarios de cabeza. La paranoia del solitario. Traía plasmada la imagen del vecino. Era la primera vez que le conocía los ojos y la única que los vería. Aquel hombre siempre llevaba grandes lentes oscuros, aun de noche. Nunca se los quitaba. Su aspecto era siniestro.

Aurora había terminado de bañarse cuando sintió el sismo. Fue como un mareo. Advirtió que las cortinas plásticas del baño se movían, se vistió con una toalla y salió corriendo al pasillo del tercer piso del edificio. Aurora envuelta en su de toalla de baño, el pelo escurriendo. Descubiertos los hombros y sus cortas piernas. Fue entonces que se topó con los ojos del vecino y con su cuerpo desnudo. Alguna vez la dueña del edificio le dijo el nombre de aquella rata asustada. Lo olvidó. En el momento del temblor él salió del departamento de enfrente del suyo, sin toalla sin nada, solamente residuos espumosos sobre la cabeza. Tan flaco. Se veía más viejo desnudo. Ahora no traía su flojo y eterno traje azul marino. "Vestido le calculé cincuenta años; así parece de sesenta". Un pellejo. El encorvado — aún así seguía viéndose alto—, se cubría con las dos manos los genitales. Estaba allí, mirándola fijamente con sus dos pequeñas canicas negras, infinitas y vacías. Lo siniestro en ese instante se esfumó. Más bien le pareció repugnante: el pelo ralo y enjabonado, la mirada de vidrio, la desnudez casi caquética, la boca cianótica y entreabierta. Tiritaba. Todo pasó muy rápido. Cuando ambos se dieron cuenta de que ya nada se zaran-deaba; primero él se dio media vuelta y exhibió sus dos nalguillas colgantes. Una nalga colgaba más que otra ya que era cojo de la pierna izquierda. El vecino entró a su departamento. "¡Qué miseria de hombre!" Ella giró e hizo lo mismo. Se vistió y se marchó al trabajo.

Aurora seguía estancada en el Periférico. Encendió el radio. "Fue un sismo de seis grados en la escala de Richter a las siete de la mañana", avisaba el locutor. La ciudad de ánimo sombrío. La voz de la F.M. anunciaba que los daños por el movimiento telúrico eran pocos: un hombre infartado por el susto y dos anuncios espectaculares caídos que no lastimaron a nadie. Llegó al hospital. Se dirigió al estacionamiento del laboratorio de Farmacología. Al entrar a las oficinas se dio cuenta que no acudieron al trabajo las secretarías, los técnicos y los otros médicos investigadores. Únicamente encontró a su jefe, el doctor Adolfo Carrizales, quien le comentó sus sensaciones sísmicas. Hablaron un rato, recordaron el terremoto del 19 de septiembre de 1985 donde ambos habían perdido amigos que trabajaban en el Hospital General el cual se había derrumbado.

La doctora observó minuciosamente al pequeño lugar de trabajo. Matrices, frascos y tubos de ensayo rotos; papeles regados y todos los estantes del viejo mueble de madera tirado en el piso. Excepto un cajón no cayó y se

mantenía parcialmente abierto. Primero puso en su lugar los del suelo. En seguida pretendió cerrar el que estaba abierto. No pudo. Insistió y escuchó que un papel se rasgaba en el intento. Lo forzó hasta sacarlo. Descubrió que lo que impedía el movimiento eran varias hojas tamaño carta dobladas a la mitad. Habían aparecido unidas a la madera debajo del cajón, pegadas allí con cinta adhesiva. Las hojas estaban un poco percutidas y maltratadas. Contenían un manuscrito con una excelente caligrafía a tinta negra. En ese momento entró el doctor Carrizales. Aurora no supo porqué fingió que estaba acomodando los papeles y escondió su hallazgo mientras él hablaba.

—Es un problema estar en el sexto piso. Aquí se sienten más los temblores. Ahora no has experimento. Será mejor que arregles todo. Además hoy los animales del bioterio están muy asustados por lo del temblor. Demasiada adrenalina. Ya sabes. Los resultados en esas condiciones no son confiables. Continuaremos mañana que ya estén tranquilos.

— Muy bien doctor. Entonces nomás pongo orden aquí y me dedico a capturar algunos resultados en la computadora.

— Sí, o vete a casa si prefieres.

— No. Quiero avanzarle.

— Como gustes.

El doctor Carrizales se fue a su oficina.

Aurora guardó en su bolso de mano el manuscrito pero antes leyó las primeras líneas que decían:

A 10 de febrero de 1984, México, D. F.

Declaración del doctor Ángel Solórzano

No se culpe a nadie de la muerte de la doctora Evangelina Elizondo. Sólo a mí.

Aurora sintió una rara excitación. ¿Acaso lo que se había encontrado era parte del diario de un asesino? Recordó que cierta vez había leído trabajos de investigación firmados por la doctora Elizondo, y estaba enterada que en algún tiempo había trabajado allí. Del doctor Solórzano sabía que durante treinta años había sido investigador del mismo laboratorio, precisamente en este lugar donde ella se encontraba. Le dijeron que él había dejado de ejercer su profesión porque se había vuelto loco; su conducta era rara y peligrosa. Se rumoraba que en varias ocasiones había dejado el experimento en proceso y huía sin decir a dónde. Aseguraban que cierta vez abandonó a un perro en el que estaba probando un antiarrítmico cardiaco. Lo olvidó allí un día antes de irse de vacaciones. Cerró su laboratorio con llave y se fue. Como

era de esperarse, el perro amarrado, anestesiado y a corazón abierto, murió. El animal se quedó crucificado hasta que sus compañeros comenzaron a percatarse que en la sección de Solórzano olía a perro muerto. Forzaron la cerradura y sacaron el apesadoso cadáver canino. Fue lo último que hizo. Lo despidieron. Aseguraban que en la actualidad era paciente interno del Hospital Psiquiátrico "Fray Bernardino".

Aurora se dedicó a recoger los estragos del temblor y a capturar los datos en la computadora. De vez en cuando iba a ver dentro del bolso para corroborar que los papeles todavía estuvieran allí. El descubrimiento le emocionada. En cualquier circunstancia una declaración de asesinato es intrigante. Pensó en ir al baño y leerlo allí. Pero decidió que, para disfrutarlo con calma, se marcharía a su domicilio.

Antes de salir se despidió de su jefe. "Mejor sí me voy". Aprovechó y le preguntó sobre la doctora Evangelina Elizondo. El doctor Carrizales le contestó que se trataba de la jefa del laboratorio antes que él, pero que hacía varios años ya que era difunta.

— ¿De qué murió?

— No supimos bien. Padecía hipertensión. Le dio una parálisis súbita generalizada. Tal vez una hemorragia cerebral. Quién sabe. Era demasiado gorda.

A las doce la lluvia había cesado pero continuaba nublado. Regresó a su departamento de la calle Juan de Dios 105, interior C. Delegación Tlalpan. Llegó, bajó del coche y abrió el candado de la cochera que le correspondía. Guardó el auto. Al subir por las escaleras del edificio llevaba la cabeza inclinada buscando las llaves de la puerta. Al levantar la mirada vio que al final de los escalones estaba el vecino de azul marino, ya sin ojos a la vista. Los lentes oscuros (muy oscuros) y el traje viejo. El disfraz de siempre. Él le mostró sus dienteillos levemente. Aurora no supo porqué sintió un estremecimiento, pero contestó el saludo. "Buenas tardes". "Buenas tardes". El hombre se movió hacia el mismo sitio que ella para no dejarla pasar. Lo repitió una, dos veces. Y él se rió, y su risa simuló una leve queja. Finalmente le dejó libre el camino.

Ella abrió la puerta de su departamento. "Me asusta este loco".

Rápido sacó los papeles y se recostó en la cama.

"Qué extraño es que la letra de un médico sea tan clara y elegante. Seguro era un obsesivo." Comenzó la lectura de las cuatro páginas. Las hojas no tenían renglones y sin embargo cada línea escrita era perfectamente recta.

A 10 de febrero de 1984, México, D. F.

Declaración del doctor Ángel Solórzano.

No se culpe a nadie de la muerte de la doctora Evangelina Elizondo. Sólo a mí.

Comenzaré por describir un poco sobre quién soy. Explicaré cuál fue el motivo de mi proceder. En primer lugar tengo que confesar, en pos de la honestidad, que me resulta inevitable sentir orgullo por mi persona. Siento una profunda fascinación. Un baño de luz, una borrachera. Vivo en éxtasis. Es una sensación que no cambiaría por nada en el mundo. Son muy pocos los hombres a los que les alcanza la inteligencia para realizar la proeza de la que fui capaz. Y lo más importante y admirable es que nadie imaginó que yo podría hacerlo. He ahí el punto en el que radica mi grandeza como individuo; mi secreto. Únicamente en mi poder, hasta que convenga.

Estas palabras las estarán leyendo cuando yo haya muerto. He decidido contarle porque quiero que todos los que me subestimaron se den cuenta de quién fue el doctor Ángel Solórzano, el gran investigador científico.

Nací en un pequeño pueblo cercano a la ciudad de Durango (el nombre del pueblo no importa). Allí hice la primaria y la secundaria. La preparatoria (por cuestiones que no vienen al caso mencionar) la estudié en Saltillo, Coah. Allí mismo hice la carrera de ingeniero en Ciencias Químicas..

—¡Ah, vaya!, era doctor en química, no médico.

...después recibí una beca para ir a estudiar a la ciudad de Houston, Texas, en la Universidad de Baylor, donde cursé una maestría y el doctorado en investigación de farmacología cardíaca. Al terminar de estudiar me contrataron en este laboratorio y aquí estoy desde hace veintinueve años sin

gloria profesional. Me hubiera conformado si no fuera porque llegó esa arpía.

Un día me nacieron las ganas de matarla. Claro, no nada más porque sí. Motivos tuve. Aunque tengo la certeza de que los deseos asesinos que vinieron a mí no son sólo cosa mía, sino que estoy convencido de que son parte de la selección natural. Es la sabiduría de los genes la que permite que de cuando en cuando nazcan personas como yo; es necesario para que la especie mejore. Así ayudamos a terminar con algunas bazofias que andan por ahí. Por eso no siento remordimientos, al contrario, creo que estaba obligado a matarla. Además, quien tenga la experiencia sabrá que no miento al decir que es un enorme placer observar la muerte. El goce que se experimenta al ver entrar la muerte en el cuerpo de otros me viene de familia. Mi padre también fue asesino. Desde niño escuché la historia: Mi madre, siendo una joven de quince años fue obligada a casarse con un terrateniente de cincuenta años. Por aquellos años revueltos, en 1915 ella se casó con Santiago Berumen, de quien se decía era rico porque le había robado a Pancho Villa en tiempos de la Revolución mexicana y decidió esconderse en nuestro pueblo, allá, como dije, en las cercanías de la ciudad de Durango. Cerca de quince años estuvo casada con aquel hombre y nunca engendraron hijos. Tenían una tienda donde vendían telas. Un día mi madre vio venir a su esposo de la tienda a la cocina con el pecho ensangrentado y se derrumbó a sus pies. Fue muerto por dos balazos en el corazón. Inmediatamente se corrió la noticia: Solórzano mató a Berumen para quedarse con la viuda y sus propiedades. A los pocos meses la viuda de Berumen resultó embarazada. Se trataba de mí. Mi padre era un hombre rubio de profundos ojos verdes y solamente cinco años mayor que mi madre. Nadie podía entender cómo el rostro angelical de Solórzano era el de un asesino. Pero sí que lo era. Siempre lo supe. Desde que tengo memoria recuerdo que todos en el pueblo me lo decían: "Ángel Solórzano, tu padre mandaba matar a todo aquél que se interpusiera en su camino. Le gustaba ver a sus víctimas agonizar. Sin embargo para asesinar al marido de mi madre mandó a otros."

Nací sietemesino. Dicen que era tan diminuto que en los primeros tres meses dormía en una caja de zapatos. Quién sabe cómo sobreviví. El caso es que llegué hasta aquí. Por algo será.

En ese momento Aurora tuvo que dejar de leer porque escuchó que alguien tocaba a su puerta. Se asomó por la mirilla y vio al vecino de los lentes oscuros sonriéndole con idiocia. Abrió la puerta.

—¿Qué se le ofrece?

—Disculpe que la moleste doctora. ¿Tendrá usted una batidora que me preste? Quiero hacer una ensalada rusa, y si yo mismo no preparo la mayonesa no queda bien el sabor.

—Qué lástima, fíjese que no tengo batidora

—¿Y un par de huevos?

—Permítame...

Aurora entrecerró la puerta y fue al refrigerador para darle lo que pedía. Al cerrar la puerta del refrigerador chocó con el hombre que ya estaba dentro de su cocina, cerca de ella. "¡Ay, me asustó!" Él le sonrió nuevamente; tomó los huevos y se fue sin decir gracias. "Qué lata, yo tan emocionada leyendo y este loco molestándome. ¿Cuándo menos sabrá cocinar? Qué vida la de este tipo". Recordó por fin el nombre del vecino. Sí, la casera le había dicho que se llamaba Amaro. Le dijo que él era una persona tranquila que no se metía con nadie; que había heredado un penthouse por Reforma y que lo rentaba en treinta mil pesos a un bufete de abogados, y que de eso vivía. Le informó de todo eso sin que ella se lo pidiera. Seguramente a él y a los demás inquilinos de igual manera sabían que la doctora Aurora de la Fuente era divorciada sin hijos y... "¡Bah que me importa!". Continuó la lectura.

Siempre he pasado por la vida como un hombre tranquilo y respetuoso, eso tiene sus ventajas. Nadie sospecha de mí. Un hombre pequeño y solitario. Un científico al que no le valoran sus aportaciones al progreso de la humanidad. Doctor Solórzano: "El Breve". Sé que así me apodan.

Cuando murió el anciano que era el jefe del laboratorio de Farmacología pensé que reconocerían mi esfuerzo dándome su lugar. Sin embargo pusieron a la obesa y arribista Evangelina Elizondo. Le dieron el nombramiento a ella. A esa mole ignorante y repugnante. Por eso se me antojó matarla. Si de por sí no la soportaba, ahora poseía un verdadero motivo para odiarla.

Pasaba los días probando unas sustancias que se llaman ionóforos. A nivel mundial se están estudiando ya que se pretende reemplazar a la digital, medicamento que hasta ahora es lo máximo para el tratamiento de la insuficiencia cardíaca, pero ya que tiene muchos efectos secundarios, estamos buscando otros.

Diariamente mato a un cobayo, (también llamado conejillo de indias). Lo tomo del cogote y disfruto lo graciosísimo que es ver al peluche blanco retorciéndose. Lo mato de un solo golpe en la nuca. Mi mano, un hacha. Ya con guantes de cirujano puestos le saco el corazón. Todos se sorprenden de que no use el bisturí. A mí me gusta

sentir cómo voy desgarrando la piel y los diminutos músculos del animal. Le busco la orquilla esternal; por allí introduzco primero el dedo índice, en seguida, con la ayuda del dedo pulgar le arranco el corazón de un tajo. Lo coloco en un matraz que contiene solución llamada cardiopléjica (paralizante de corazón) que no es otra cosa que agua con sodio y potasio. ¡Ah, disfruto tanto ver cómo, al principio, el corazón sigue latiendo en forma independiente. Entonces, viendo a través del microscopio, instalo el pequeño corazón a una máquina que me permite estimularlo con las sustancias experimentales, las contracciones se registran en un miógrafo.

Cada día pruebo una sustancia y veo sus reacciones. Así me di cuenta cuál era el fármaco que más arritmias producía: La monensina. Ése fue un gran hallazgo. Pensé que esta sustancia podría matar a la gordinflona pero necesitaría demasiada dosis. Yo creo que la gorda pesaba cerca de 150 Kgs. Ésa era una razón suficiente para odiarla. En un país con tantos pobres es una ofensa que alguien trague tanto. No puede ser que un solo ser acapare tanta comida. Además cada vez que podía ella me molestaba exigiéndome resultados imposibles. La muy ignorante. Me tenía verdaderamente harto. Es la persona que más he odiado y estoy convencido que le hice un bien a la humanidad al eliminarla.

Me emocioné tanto con lo que hice. Claro que lo planeé muy bien. Primero pensé en provocarle una arritmia cardíaca con el medicamento que estaba experimentando: La monensina, como ya comenté. Sin embargo la dosis era imposible de conseguir para semejante elefanta. Cómo hacer que se la tragara. Ideé ponérsela a la taza de café que invariablemente tomaba por las mañanas. Pero le cambiaría el sabor al café. Como segunda opción pensé en veneno para ratas, que es dulzón. La estrategia consistía en mezclarlo con el azúcar de dieta que ella usa. No obstante abrir y cerrar los sobrecillos para hacer la combinación era una empresa muy complicada. Y el mismo problema: La dosis debía ser alta.

Por fortuna el azar me facilitó las cosas. Asistí a un congreso de investigadores. Uno de los ponentes presentó un estudio sobre la tetrodotoxina, que es un veneno

natural que tienen los peces globo y otros animales acuáticos. Esta toxina es muy efectiva, tanto, que señalan que sólo algunos cocineros japoneses son confiables para preparar platillos con este tipo de pescados, pues ellos saben cómo quitar las glándulas que poseen dicho veneno. Veneno que si llega a contaminar la carne de pescado termina matando al comensal. El experimento que proponían consistía en el uso del fármaco en forma muy diluida como inmunosupresor, es decir, disminuir la inmunidad para que el cuerpo pueda recibir, por ejemplo, la donación de un órgano. Pero el riesgo era que a grandes dosis producía parálisis generalizada y la muerte. ¡He aquí mi arma! Presenté un proyecto que justificaba la experimentación con tetrodotoxina en corazón de perro. Su acción paralizante y la prueba de otros fármacos para revertir tal efecto. El proyecto fue aceptado. Solicité una buena cantidad: dos frascos con 200 ml. cada uno. Me los enviaron. Moje ligeramente mi dedo índice en la solución y lo puse en mi lengua. Durante un rato no pude hablar bien; la lengua se me adormeció. Pude darme cuenta que no tenía casi sabor. Era perfecto.

Recuerdo un día antes de darle su merecido: Mensualmente nos reuníamos en la biblioteca general del edificio en el primer piso, donde todos damos un reporte verbal sobre los avances de nuestros proyectos. En esa ocasión, para mi desgracia, Elizondo llegó tarde y el único asiento vacío era uno cercano a mí. Desde que la vi en la puerta tapando toda la luz me estremecí. Aun así le sonreí. Se fue acercando a mí con el latir de sus carnes hasta acomodarse en el asiento toda desbordada. El desbordamiento de sus lonjas rozaban mi brazo y mi pierna. Sentía que me transmitía pequeñas descargas eléctricas a cada momento. No la soporté. Hablé rápido sobre los resultados obtenidos y me disculpé. Salí corriendo. En el elevador sacudí mi cuerpo y mis brazos y mis piernas. Sí, como se sacuden el agua los perros, así sacudí aquella sensación tan extraña que me dejó la cercaña de la mole, quien a esas horas era casi difunta.

Al día siguiente, una mañana lluviosa, cuando ella colocó la taza de café en su escritorio y luego fue al baño, aproveché. Le puse un buen chorro de tetrodotoxina y un

rato más tarde se lo tomó a grandes tragos como lo hacía siempre. A los diez minutos cayó. Se hizo una gran movilización en el laboratorio. Llamaron a urgencias del hospital. Los paramédicos sufrieron para subir la a la camilla. Yo estaba cerca y le sonreí. La inmóvil me miró con odio

Hasta allí había llegado el doctor Solórzano. Aurora terminó de leer. Se sintió angustiada y la sensación de la asfixiaba no la dejaba. Recordó que una amiga de la Facultad de Medicina se había especializado en psiquiatría y que daba la consulta externa en el Hospital Psiquiátrico "Fray Bernardino". Era sólo curiosidad; deseaba saber si el doctor Ángel Solórzano, el asesino, estaba todavía allí. Quizá debería mostrar esa carta a las autoridades correspondientes. Primero decidió comer algo y calentó el caldo de pollo que había cocinado la noche anterior. Pero el intento de encender la estufa fue inútil. Subió a la azotea (dejó la puerta entreabierta, como siempre que iba arriba) y vio que la válvula que dirigía el gas a su departamento estaba cerrada. La abrió. "Qué raro". Al bajar se encontró a Amaro apoyado en el barandal, observándola. No le dijo nada y entró a su departamento. Aurora comió y cerca de la cinco de la tarde salió rumbo al Hospital "Fray Bernardino" al área de consulta externa. Sorprendentemente en la sala de espera de los pacientes se encontraba su vecino Lentes Oscuros, quien al verla salió rápidamente del lugar. Aurora le pidió a la recepcionista que le comunicara a su amiga que ella se encontraba allí. Luego la invitó a pasar al consultorio. Las ex compañeras se saludaron alegremente. Lo primero que hizo Aurora fue preguntarle por Amaro, su vecino, por qué estaba allí. ¿Era su paciente? En efecto, era su paciente y padecía esquizofrenia. "La esquizofrenia con frecuencia se hereda. El papá de Amaro estaba enfermo de lo mismo. Imagínate, el tipo cree que lo persigue el FBI, la CIA, la AFI, Gobernación y todo lo que sea poder. Lo persiguen, según él, porque conoce muchos secretos políticos. Pero bueno, mientras se tome el tratamiento creo que estará bien."

—En realidad vine porque me gustaría saber cómo se encuentra el doctor Ángel Solórzano. Me dijeron que estaba aquí internado. ¿Sabes?, estoy continuando algunos de sus experimentos y me gustaría ver si tiene un poco de lucidez y me pueda aclarar algunas dudas, Aurora mintió.

—Bueno... si me esperas. Ya casi termino; creo que en menos de una hora. Me faltan tres pacientes y son subsecuentes. Prácticamente sólo es renovarles el medicamento y darles una nueva receta.

Aurora esperó a su amiga. No pudo evitar observar a los ocho que esperaban su turno (con su amiga y con los otros dos psiquiatras que también consultaban esa tarde). Tres mujeres y cinco hombres entre los cuarenta y sesenta años. La mirada de los enfermos era similar: visión fija con un brillo extraño. Ojos vacíos. El rostro con el mismo rictus, las cuerdas musculares del rostro tensas, sobre todo alrededor de la boca. En un relámpago del pensamiento recordó que a su amiga se le comenzaban a contagiar esa facies.

La psiquiatra y Aurora fueron al área de internados. Allí les informaron que el doctor Solórzano había muerto la semana pasada. Aurora le pidió a su amiga que le permitiera leer el expediente. "Es por pura curiosidad". Acudieron a los archivos difuntos. La psiquiatra firmó un vale por el expediente y se lo entregó a la investigadora con la consigna de que se lo regresara máximo en dos días.

De vuelta al departamento; otra vez estaba el esquizofrénico esperándola en las escaleras. A pesar de los eternos lentes oscuros del desequilibrado, Aurora se dio cuenta que el hombre había fijado la vista en el expediente del doctor Solórzano. Notó que se puso pálido. El loco intentó arrebatarle los papeles pero Aurora los tenía bien afianzados. "¡Qué le pasa a usted, loco idiota!" No supo cómo logró entrar a su departamento. "Seguro el muy estúpido pensó que era su expediente". El cuerpo de Aurora era un corazón sofocado. "¡Me tengo que ir de este maldito edificio!"

Esa noche únicamente cenó cereal con leche. Se sentía cansada y la respiración era con dificultad. Una rara disnea. "Demasiado para un día." Decidió dejar la lectura del expediente del doctor Solórzano para la noche siguiente. Apenas se había acostado cuando oyó unos golpes en la pared. Se asomó por la mirilla y vio que Amaro estaba poniendo clavos a uno y otro lado de las paredes que daban entrada a su puerta. Fue testigo de la forma en que enredaba entre los clavos unos cordoncillos del mismo material que los que se usan para abrir las cortinas. "¡Qué tipo!". Aurora se fue a acostar.

A la mañana siguiente sentía náuseas y fatiga. "Dios mío, no dormí nada". Llegó al trabajo y realizó su jornada sin contratiempos. A las tres de la tarde regresó. Esta vez no encontró al loco. Vaya, qué bueno. Quiso hacer algo de comer y de nuevo sin gas. "¿Qué demonios está pasando?" Subió otra vez a la azotea dejando la puerta cerrada pero sin ponerle llave a los cerrojos. De nuevo la válvula, que alimentaba su estufa

de gas, estaba cerrada. La abrió y bajó dispuesta a cocinar. Antes de entrar a su morada se dio cuenta que ya no estaban los cordones que el vecino había colocado. Abrió su puerta y ya adentro le echó llave a las dos cerraduras. Al entrar a la cocina el loco estaba allí... Grandes lentes oscuros (muy oscuros), el traje flojo y viejo de color azul marino. En las manos un cordón que parecía de cortina.

Unas manos con guantes de cirujano ahogaron el grito.

Días después el periódico anunció la muerte de la doctora Aurora de la Fuente Gómez. El médico legista que realizó la autopsia determinó: *Fue asesinada por ahorcamiento al parecer con un cordón de cortina. Se desconoce el móvil. No hubo datos de violencia sexual. Únicamente se sabe que desapareció el expediente de un paciente del Hospital Psiquiátrico "Fray Bernardino" que murió la semana pasada. Los vecinos dicen que no oyeron nada. Se dieron cuenta de la muerte de la doctora porque compañeros de trabajo y familiares que la buscaron estaban preocupados porque no respondía a sus llamadas telefónicas. Se cree que fue alguien que ella conocía pues la cerradura no fue forzada. Encontraron el cadáver al tercer día del asesinato. El cuerpo presentaba ya datos de descomposición.*